

esta suerte el que os exija más terrible el pago la divina justicia en su severo tribunal. Tomadlo á buena cuenta, y consentid que os imponga penitencia por este medio, que no es sino muy suave y muy llevadera en comparación de la que os merecisteis y su bondad os conmutó.

—¡Vaya! no tengo que oponer á vuestro raciocinio.

—Pues obrad de conformidad con él. ¡Ea! Es ésta la hora de Dios, y quizá la que no ha de pasar otra vez para vuestra alma. ¡Crucificado le tenéis ahí, subido en alto como para veros de lejos, extendidos los brazos en ademán de pedir los vuestros, abierto y sangrando el pecho para daros entrada en su Corazón! ¿Tendríaislo vos para hacer esperar de esta suerte un instante más á vuestro amorosísimo Redentor?

Sabadell, 1896.

A. M. D. G.

FA-599 (3)

DE
CARLOS Á MANUEL

Y

VICEVERSA



CORRESPONDENCIA EPISTOLAR

POR

ANTONIO



CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA



BARCELONA.—1896

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5

R. 25333

Es propiedad



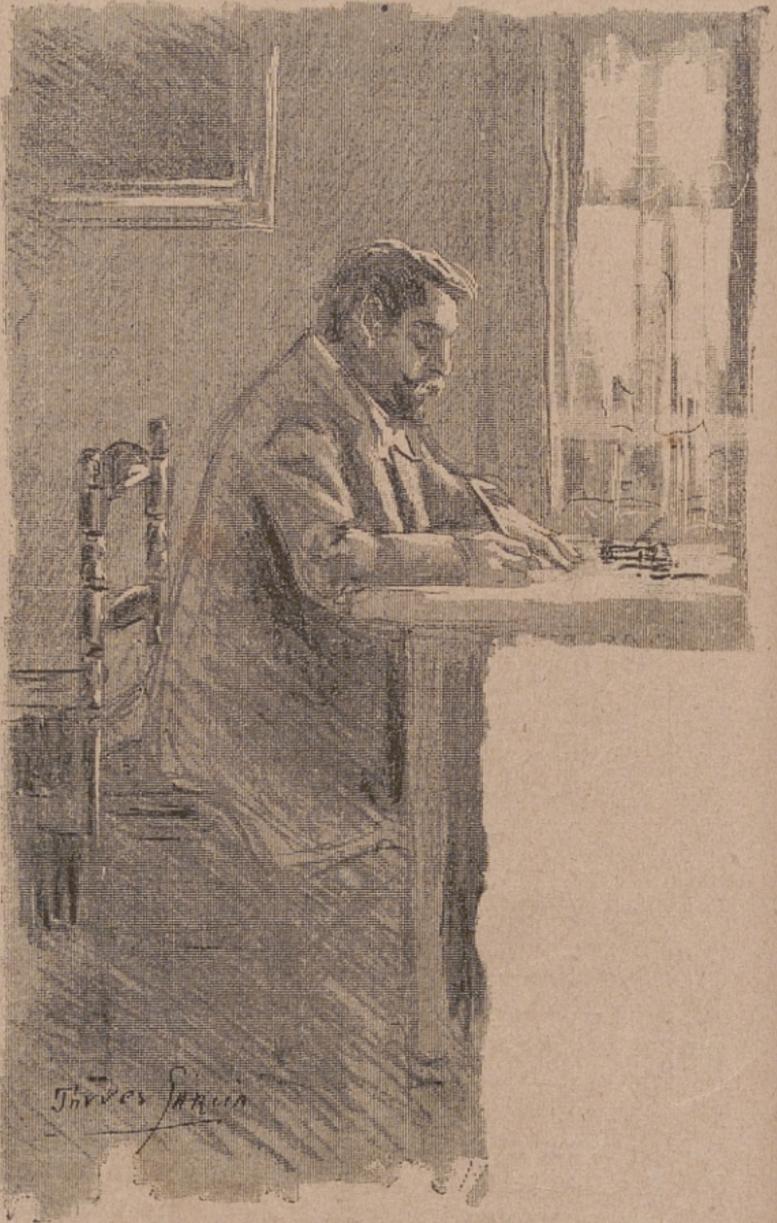


Cañafet y Marzo, 2.



QUERIDO Manuel: Heme dicho esta mañana al levantarme: ¿qué vamos á hacer hoy? La lluvia me obliga á pasar el día bajo techado, y mis arreos de caza de nada pueden ahora servirme... Escribiremos á Manolito, al amigo Manolito de Barcelona; pues como le conozco, leerá con gusto cualquier paparrucha mía... Claro, como no sé cómo matar el tiempo, te escribo... Págame tú con la misma moneda... Contéstame por hacer algo, para esplayar el espíritu, como quieras... De todos modos he de bailar de gusto si veo cuatro letras tuyas.

Yo quería decirte muchas cosas; verás. Quería hablarte ante todo de mi diversión favorita, de mis progresos en la caza. Sé que no eres tú cazador; pero, querido, paciencia, sufre tú mis carcerías, y yo sufriré lo que tú quieras, hasta el



teatro y la literatura... ¿qué digo? aunque me hables de Religión y filosofía te escucharé, lo prometo. No hay nada... como la caza. Si vinieras por estos *serrats*, si saltaras conmigo por estos ribazos, se te quitaría seguramente ese *spleen* y ese afán metafísico que te consume, y que á mí también antes me preocupaba. Cuando saldrías con la escopeta al hombro y el morral á la espalda, echarías, como yo, todos los problemas contemporáneos y los estudios filosóficos á la *bona María*, que dicen por aquí. *Mens sana...* ya sabes: la buena salud y el buen humor ante todo; que la verdadera sabiduría está en gozar de un modo razonable de la vida y dejar á todos que piensen y obren como quieran; que si es cierto lo que aprendimos en la niñez, no tengo yo vocación para meterme en quijotadas religiosas, de las que veo que siempre se sale con las manos en la cabeza, y sólo se alcanza la sonrisa de una compasión despreciable, indigna de un hombre nacido para amar la vida y gozar en lo que se pueda de este *miserable mundo*, como dice mi amigo el Párroco.

Porque has de saber, que yo no me meto con nadie, que yo soy amigo de todos, y no me pongo en ridículo cuando se trata de las públicas manifestaciones religiosas. Sí; hasta voy, cuando no puedo menos, cierto, á Misa...

Pero hay una cosa que por sí sola sería capaz de hacerme aborrecible esta vida y haría largarme de Cañafet; aunque lo sentiría en el alma, por las grandes crías de conejos que esperamos este año... Estupendas, amigo mío, estupendas... Dice un guardabosque, chico serio y razonable si los hay, que revienta de formalidad y de infalibilidad silvestre, que este año ha de ser *el año*... Estas palabras *el año*, recalcadas, acentuadas, rodeadas de un ceño misterioso é impo-

nente... Y es infalible, más que León XIII, te lo aseguro. Cuando él dice: *por allí...* ya puedes suponer que ni un *Maüsser* y media docena de



los más excelentes galgos han de bastarte para satisfacer tu sed exterminadora. El otro día este *por allí* me valió en poco tiempo

una docena de conejos y una carambola de perdices. Este es un hombre: él las mata al acecho y en silencio, como quien aparta ramas de maleza. Hasta su pólvora, ordinaria

como la que yo llevo, tiene la virtud de hablar bajo.

Pues decía que dejaría este pueblo y este amigo con todos sus encantos, sólo por una cosa: por la confesión. Aquí todo se te ríe, todo cae en gracia, y como forastero ó por timidez ó lo que sea, no se meten mucho conmigo; pero eso de no ir á *cumplir con la Iglesia*, se les atraganta. *Usted ya se habrá confesado en Barcelona*, dicen; y quien de un modo quien de otro, desde el Cura á los chicos de la escuela, todos se creen con derecho á hacer alusiones á eso, ó á decirte descaradamente que haces mal, que te vas á condenar, que eres moro, en fin, te fastidian: no les cabe á esta pobre gente en la mollera, que pueda

pasarse un año entero sin la absolución del sacerdote.

Ya sé yo que tú les demostrarías hasta la evidencia que puedo obrar como me dé la gana... Pero yo tomo el partido de dejarles con la palabra en la boca y salirme de caza, hablando y discutiendo por el camino con mis perros, que son más ilustrados é inteligentes que ciertas personas, que parecen dar razón á Darwin, aunque yo tampoco creo en Darwin; porque, como no ignoras, yo sólo creo en la salud y en la caza; y en cuanto á lo demás, si es verdad, si no lo es, ¡qué tanto posma! no es cuestión de volverse loco porque á éste se le ocurre defender una cosa, y al otro llevarle la contraria. Yo digo así: lo que fuere sonará; y si no fuere mejor: nadie podrá quitarme los buenos ratos que me han dado mis perros y mis conejos.

Por hoy basta.

Te estrecha con este motivo la mano tu afectísimo

CARLOS.

Barcelona, 10 Marzo.

Carlos querido: No te contesto yo por hacer algo ni por matar el tiempo, sino por abrirte mi corazón; no como un desocupado; como un aburrido que necesita la voz consoladora y estimulante del amigo, sino para librarle de sus penas, al menos para compartirlas en espíritu.

Porque, chico, tus cacerías no me convencen. No: no es posible que hayamos nacido sólo para *coser y cantar* como las muchachas del *Barberillo de Lavapiés*. Que se cosa y se cante y se cace, en buena hora; pero ¿es esa toda la vida humana? Si me arrancas dos cosas... iba á decir el corazón y el cerebro... una sola, el alma, entonces, venga la eterna anacreóntica y viva el jaleo estúpido, permite lo preciso de la frase. Pero si tenemos razón, y voluntad, y responsabilidad, y deberes, y alma, y un Dios que nos gobierna, ¿qué tiene que ver, ábreme el pecho, la caza de la perdiz con todo su mérito y castañuelas, con tu omisión y la mía también, respecto á los deberes que un verdadero católico ha contraído con la Iglesia desde el momento en que no abjura, no protesta, no se separa de la comunión que profesa aquellos principios que á tales prácticas obligan?

A ti eso no te apura; pues á mí me apura mucho, advirtiéndome que nadie me ha dicho por qué no me he confesado este año... ni los anteriores. Ventajas, ó inconvenientes, de las capitales, según como se tome. En mis libros y escritos habrás observado que cada día acentúo más la tendencia cristiana, católica si quieres. Pero de eso, á admitir como necesaria ó conveniente la confesión y algunas otras cositas, aun hay trecho bastante. ¿Influye hasta cierto punto en esto

la vergüenza ó el qué dirán? No sé: lo que sí te digo es que si encontrara alguno que me convenciere completamente, me pusiera en claro algunos puntos oscuros del Catolicismo, creo que rompería por todo: y lo que ahora se llevan la metafísica y la ciencia, se lo llevaría la Religión exclusivamente, y nada se me daría de lo que los amigos del Ateneo, de nuestra Peña—¿te acuerdas aún?—pudieran decir luego. Ya sabes tú que los comentarios punzantes, en vez de confundirme me enardecen y aun me serenan y vivifican.

He de probarlo: he de ver si algún Cura de sentido común ó cualquier otro católico práctico, me saca de estos líos; porque estoy seguro de que ni tú con la caza y obligado *buen humor*, ni yo con mis estudios crítico-filosóficos vamos á ninguna parte. Creo que necesitamos andadores como los niños.

Una palabra, una idea, un misterio que me atrae voy viendo á medida que los desengaños, las ingratitudes humanas y los sufrimientos me llenan el alma de amargura y, tú lo dices, de *spleen* en el fondo de todo. La palabra, la idea y el misterio son una cosa misma: Dios.

Antes yo creía en Dios como en un agente universal que *debía ser*, pero que no sabía explicarme si efectivamente *era* y *cómo era*. (Permita el caballero de la *pólvora que calla*, de los conejos *estupendos* y del guardabosque *infalible* que le trate ahora del modo que se merece). Un tanto kantiano, ¿verdad? Dios era para mí como el número, el símbolo de todas las cosas, una noción de lo absoluto en la inteligencia, el *yo* de los *yos*, y si quieres, la causa mecánica y moral de todo también; pero de ahí no pasaba.

Mas á fuerza de observación interior; aplicando á Dios la lógica más perfecta que yo puedo

concebir; relacionando, generalizando, concretando, cogiéndome á los cabos de verdad desechados ó confundidos aquí y allí; siguiendo los ocultos hilos de luz y de pensamiento que están en las cosas, sin tregua ni descanso, he descubierto y experimentado una cosa que de nuevo no tiene nada, sino el que yo la haya experimentado y descubierto para mi razón, para mi fe interior; que una sola palabra, que forma la esencia y el todo del Cristianismo y por consiguiente del Catolicismo y aun de lo verdadero de todo lo que creen los hombres, lo explica perfectamente todo. El Verbo de Dios: he aquí concretamente el sol que todo lo ilumina y encierra.

Pues ¿cómo dudo de la confesión y de aquellas cositas obscuras del Catolicismo? Amigo mío, es que yo, á fuer de filósofo, soy un pobre hombre; y aunque aquello lo explica todo, yo no he descubierto aún la explicación en aquel todo de estas cosas.

Y como no es posible quedarse á obscuras en asunto de tanta monta, te digo que no perderé ripio hasta que salga de este atolladero.

Tal vez tú cazando y riendo y yo discurriendo y llorando llegaremos al mismo camino. Sea como quiera, ni yo puedo convertirme en cazador, ni tú en filósofo, por lo menos de los de mi pasta. Pero á ver quien se entera antes de los grados de razón que tienen los que te echan en cara el no confesarte. ¿Debemos cantar ó debemos llorar? he aquí el problema.

Hasta otro día.

Recibe la expresión del cariño que te profesa tu afectísimo

MANUEL.

Barcelona, 20 Marzo.

Querido Carlos: Debemos llorar y debemos cantar.

Horrorízate, asómbrate, alégrate, maldíceme, baila si quieres... me he confesado. Por eso digo que debemos llorar (nuestros pecados), y cantar, yo por lo menos, victoria.

Verás lo que pasó.

En mi afán de observación psicológica y de la vida, fuíme á una iglesia que suele verse muy concurrida, según deduzco, á eso de las siete de la mañana... un día que por capricho me levanté más temprano: ha salido, creo, bien aprovechado.

La mañana estaba alegre y hermosa, y las frescas brisas del mar sutilmente se deslizaban por entre las ramas de los plátanos de la Rambla.

Entré, como dije, en la iglesia. No puedo definirte la particular sensación que experimenté ya al entrar. Otras veces he entrado allí mismo en grandes solemnidades, y nada extraordinario me había pasado. Fué así como una impresión de suavidad, un particular aroma de cosa bendita, que seguramente no se halla entre los aromas de la historia natural ni en los de la química, incluyendo la *serie aromática* de alcoholes... Sí: como un olor que apenas se percibe y se siente mucho, no sé cómo decírtelo; como si después de henchar de dulce consuelo el espíritu se infiltrase por todo el cuerpo... Sería sin duda algo de eso que se pinta tan divinamente en nuestros escritores místicos. Pues bien, el caso es que á mí esa sensación inexplicable me hizo el efecto de un argumento sin réplica. En toda la más razonada y profunda dialéctica no he hallado ja-

más nada que me dijese tan clara y tan misteriosamente al mismo tiempo: adelante, sigue, anda.

Mil veces he leído yo estas cosas en los místicos Santa Teresa, San Juan de la Cruz, y aun pretendía haberlas comprendido. Sí, las comprendía, en parte al menos; pero no las sentía. Lo *bendito* no se explica ni define: se siente. Ahora empiezo á admirar de un modo nuevo á esos Santos que llegan á discernir y aquilatar cosas tan subidas.

Seguí andando... En un confesonario próximo había unas cuantas mujeres esperando turno. El sacerdote que confesaba, cuya fisonomía por la postura del cuerpo no llegaba á distinguir, tenía una mano sobre la puertecilla del confesonario. Aquella mano se me figuró que era la del mismo Jesucristo que me incitaba á que la besase, á que solicitase su bendición... Cosas de la imaginación, dirás tú. Bueno, el caso es que sin casi advertirlo me puse de rodillas y empecé á murmurar un *Padre nuestro*... Entonces sentí en mi interior un deseo grande de llorar, y del corazón subía á mi garganta una ola irresistible de amargura y consuelo al mismo tiempo, que me hizo prorrumpir, á mi pesar, en sollozos mal comprimidos. La historia entera de mi vida pasó en un instante ante mi vista. Me tenía por una persona honrada, y creía que nada hacía verdaderamente malo y aun que era un buen chico... Ante Dios veía mi miseria, mi bajeza y cuanto distaba de la perfección que debía yo tener.

Y aquella mano continuaba atrayéndome, llamándome... Sea ilusión ó lo que fuere, en la semiobscuridad aquella, creí por algún instante que el confesonario se convertía en un trono cubierto de damasco morado; y como entre una bruma veía á Jesucristo vestido de púrpura se-

ñalándome con una mano su Corazón, y alargándome aquella que yo tomé por la del sacerdote.

¿Sería esto una visión ó una pura ilusión? No lo sé. Lo que si he de decirte es que entre lo que me andaba por dentro y lo que sentía y veía fuera de mí, no pude resistir más. Me arrodillé frente al sacerdote, que acababa de confesar por una ventanilla á una mujer, y empecé el *Confiteor Deo*. Yo no sé qué bálsamo, yo no sé qué especie de rocío llenó todo mi ser y me hizo sentir una compunción tan grande de mis más leves culpas. Parecía, después de haber explicado al sacerdote todo cuanto recordé, que me había descargado un peso enorme. Me sentía satisfecho, feliz, contento, y mi alma y aun mi cuerpo estaban como si hubiesen salido de un baño... Sí; el efecto de un baño, aun de un modo sensible, es lo que hace en mí la confesión. Porque después me he confesado varias veces... Y ¿qué te diré del efecto de la Comunión? Pero olvido que tú todavía no estás *en autos*, y por consiguiente no me entenderías y quizá te haría reir.

Ahora comprendo las ventajas del Catolicismo sobre las demás religiones que confiesan á Cristo. Aunque sólo contase con la confesión y en lo demás fuesen iguales todas, la católica tendría un filón de riqueza espiritual muy superior é inagotable.

La confesión, que hasta ahora miraba yo con recelo, es, y no lo interpretes mal, una verdadera ganga para el católico. ¿Qué modo tan fácil, tan seguro, tan sencillo para quedar limpio de pecado y para unirse á Dios ha establecido jamás Iglesia ni secta alguna? Y en los efectos que deja en el alma, no hay razón, no hay prueba, no hay argumento ni oración que le dé á uno la convicción interior, hasta donde esto puede ser, de que Dios nos ha perdonado los pecados. Es el *me*

arrepiento con la bendición de Dios; es decir, aquel *quedan perdonados tus pecados* dicho por Dios en la boca del que le representa. Es imposible que no haya sido establecida é inspirada por el Espíritu Santo una fuente tan grande de paz, de seguridad y consuelo interiores, de bendición fecundante que cae—yo, por lo menos, la *siento caer*—como una lluvia de amor divino que hace nacer en el alma un deseo de conocer y amar cada día más á Dios y de recibirle en la Eucaristía; documento altísimo y misterioso que me deja atónito y pasmado desde que... Pero me olvidaba otra vez de que tú eres cazador sobre todas las cosas...

Ah, querido mío, no seas terco: escucha al Cura: no te pesará. Te lo jura tu amigo de siempre,

MANUEL.

Cañafet y Abril, 2.

Manuel amigo: Yo, ya sabes, soy un bada-
loque.

Habíamos extendido la otra tarde la merienda en lo alto de un cerrillo, á la sombra fresquecita de una señora *cajiga*, que diría Pereda, respirando la estimulante ventolina que corría entonces, y más alegres que uno de esos *traviesos* calaverillas ó colegiales de los sainetes de Vega, cuando acertó á pasar por la carretera inmediata el muchacho que nos trae el correo.—Eh, Cosme, gritó el señor Cura (porque has de saber que el reverendo M. se viene ahora algunas veces de caza conmigo, ya te explicaré. Además de él estaba el indispensable guarda y un chico que me sirve de espolique, de asistente, y me cuenta hasta las gatas que van de parto en el pueblo y cercanías). A la voz del reverendo acudió presto el de la balija.—Para V., señor Cura, viene esto, y le entregó un número de un periódico *exageradamente* católico.—No me gusta, vaya, el tal periódico: siempre he sido enemigo de los extremos viciosos. Y á mí me entregó tu última apreciada.

Rompí el sobre, leí por encima entonces lo que me decías, y en esta ocasión me convencí una vez más de que soy, como te dije, un badaloque.

Porque yo también al fin me he confesado, y nada me ha pasado de lo que tú me cuentas. Lo habré hecho seguramente mal... Está visto que no sirvo más que para cazar... Tal vez lo distinto de las circunstancias... pero no, no; la circunstancia principal es seguramente que yo soy un alcornoque.

Tú de todas maneras te maravillarás de mi cambio tan rápido, como yo me maravillo del



Torres Garcia

tuyo, aunque esperaba algo de ti por el estilo. Para satisfacer tu curiosidad y hacer *pendant* con lo que cuentas, voy á referirte lo que me ha pasado.

Nuestro Párroco es uno de esos hombres de salidas, francote, que te dispara á boca de jarro entre campechano y serio lo que le conviene decirte, cuando menos lo esperas.

Andaba yo hace algunos días bebiendo no diré los vientos, sino el sudor y el polvo tras el rastro de una liebre que había olfateado mi perro, cuando al llegar á un caminito de esos antiguos é inservibles, llenos de hierba, que hay en todas las poblaciones, se me aparece el señor M. en ademán de sorpresa, y apuntándome con el bastón de paseo, me dice: *Alto el cazador... ¿Usted y yo cuándo hemos de arreglar las cuentas?* Por de pronto no entendí, y repuse entre sonriente y confundido: *Buenas tardes, señor M... ¿Qué cuentas son esas de que habla V.?* Entonces se formaliza mi hombre, y con aire de superioridad y amistad llana al mismo tiempo, me dice:—Vaya, deje usted por hoy esa liebre, hágame V. este favor; yo le prometo que comerá el domingo liebre; deje usted el cómo... Y véngase conmigo una horita de paseo, que á mí me precisa mucho y á V. también, y en fin, no le pesará, ya verá V.

Y yéndose, como acostumbra, derecho al bulto, empieza:—¿Usted qué ideas tiene?

—¿Si soy republicano, carlista, conservador...?

—No pido eso... ¿Usted no ha sido bautizado? ¿á V. no le enseñaron sus padres la fe católica? ¿Es V. quizá de alguna de esas sectas... Y aquí el buen señor puso una cara terrible. Pero no, á la legua se ve; V. lo que es un negligente, un indiferente, uno de esos que tienen las prácticas *rovelladas* (aquí gran carcajada). ¿Verdad que lo acierto?

Y sin dejarme hablar apenas continúa:

—Vamos, señor... esto no puede seguir así. ¿Qué le ha hecho la Iglesia nuestra Madre, para no querer reconciliarse con ella? ¿No tiene fe? ¿No ha de tener?... Lo que tiene V. es pereza. Se viene una mañanita tempranito antes de salir de caza, y verá V. como en media horita estamos listos. Me horroriza el pensar que algún día se le podría disparar distraídamente la escopeta y llegar al tribunal de Dios en pecado mortal. Me parece que la responsabilidad recae sobre mí... No, no puedo consentirlo... De ninguna manera... Como me han visto varias veces de tertulia con V., dirían, y con razón, que yo no he hecho nada para traerle al buen camino. No me ponga V. en este conflicto; que creo que si se condenase alguno por culpa mía me volvería loco.

Por la buena cara de este buen señor, y para salir de esto de una vez, fuí á la iglesia como él deseaba, porque, con franqueza, de buena gana hubiera enviado á otro en lugar mío... Una vez allí, me confesé... creo que por la buena cara de Dios... Aunque, según presumo, lo hice bastante mal. No digo que lo hiciera con mala intención ni por burla, pero creo que me faltaron muchas de las condiciones requeridas según el Catecismo, y por lo que se desprende de los efectos que tú has sentido, tengo que afinar y purgar y limpiar mucho mi sucio y destartalado interior.

El señor M. me dice, y me cita no sé qué Santos, que para confesarse y comulgar bien es preciso hacerlo muchas veces y con frecuencia, disponiéndose mejor cada vez con la oración y vivo deseo... pero yo no sé explicar como tú estas cosas, ni estoy ahora de pláticas, que no vienen al caso.

Lo que sí te digo es que me asombra á mí

mismo el sentir en estos momentos extrañas ganas de volverme á confesar... Lo haremos, ¿por qué no? De todos modos tampoco resulta, que yo sepa, incompatible con la caza y con mi sistema de vida tranquila y distraída. Pues bien; daremos á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

Hoy por hoy tengo contento al señor M., que es una excelente persona, y tal vez no estoy tan distante de Dios como antes. Porque de mí, respecto á este punto, lo veo, no cabe esperar gran cosa más ni mejor.

Te repite los abrazos de siempre, tu affmo.

CARLOS.

Barcelona y Abril, 15.

Querido Carlos: Parece imposible que una persona tan juiciosa, á pesar suyo, como tú, te dejes dominar por cosas tan livianas como esa manía de la caza y de una fingida y vegetativa felicidad. Este es tu César, según confiesas sin rebozo; tu tirano que, aunque baladí, pueril y efímero, es bastante para robarle á Dios una parte no pequeña en tu corazón. Buena es la calma, conveniente quizás en tu caso la parsimonia; pero que un hombre como tú se satisfaga con esa tisana de Religión y mundo, sólo me lo explico atendiendo á lo encallecido que estaba tu corazón para dar entrada á los sentimientos religiosos.

Pero ¡Dios mío! ¿no tienes una hora siquiera para meditar, para elevar tu pensamiento? Yo creo que te sobrarán muchas para fastidiarte sin provecho, á pesar de tu humor y de tus risas.

Por ser yo también nuevo en prácticas de Religión, ciertamente no tengo autoridad alguna... Pero no me leas á lo Santo Padre ó á lo teólogo, ni siquiera á lo consejero... No; aquí sólo quiero poner, para ponerlo en alguna parte, para decírselo al viento que pasa ó á las estrellas del firmamento, si tú no me quieres leer ó escuchar, lo que yo he sentido, lo que yo he gozado, lo que he entendido y admirado de Dios en la Divina Eucaristía. Con una chispa tan siquiera del volcán de afectos, con una penumbra de las luces obscuras y brillantísimas (entiéndalo el que pueda) que han dado vida á mi inteligencia, que yo logre estampar aquí, me doy por satisfecho. Era un mundo, amigo mío, éste para nosotros desconocido. ¿Quién se había de figurar, que

bajo el aspecto harto prosaico y desdichado de una humilde *beata rinconera*, cabía un sol de tan espléndida luz, un cielo en forma de corazón abrasado en caridad y anegado en un mar sin fin de altísima sabiduría y divinos consuelos?

Ah, no es poesía esto, no; es decir, esto es la verdadera poesía, la verdadera dicha, la metempsícosis del dolor transformado en amor y en dulcísimo paraíso.

Entre todo lo que ha salido de la mente de Dios, nada hay que dé tan alta prueba de su poder como la libertad; entre todo lo que ha salido de su Corazón Sagrado, nada hay que dé tan alta prueba de su amor como la Eucaristía.

Pero hay cosas que en este bajo suelo no se explican bien, pero se sienten con una *claridad*, con una intensidad... Mira, el otro día estaba en la iglesia de los Padres Jesuítas... El Señor estaba expuesto en el Santísimo Sacramento... He de decírtelo... Era tal la emoción y el ardor que sentí en el *Tantum ergo*, en la reserva, que tuve que hacer grandes esfuerzos para contenerme; no podía resistir el deseo de subir por la escalera posterior del altar, y llenar de besos la Custodia, y abrazarme con ella... en fin, la mar de disparates; que la verdadera *caridad echa fuera el temor*, como dice el Apóstol, y yo creo que tiene muchísima razón, porque en estos momentos toda idea de temor y aun de respeto desaparecen.

Mas no creas que esto sea sólo sentimientos estériles ó lirismo místico, como dirá tal vez alguno que crea que hay algo más útil para el alma que el amor contemplativo; es que en aquellos instantes, y aun ahora, sí, desde que recibo á Dios en mi interior, me siento capaz de ello, estoy dispuesto, ¿qué dispuesto? anhelamente morir, derramar mi sangre por Cristo, sufrirlo todo por El... ¡oh, qué dicha! Benditísimo

sea este *lirismo*, que nos hace compañeros, hermanos, amigos y dignos hijos de Dios.

Con franqueza... Yo naturalmente soy cobarde... Y si no cobarde, temeroso, delicado, nervioso... Pero cuando me siento con la *borrachez divina*, como la llama Santa Teresa, del fuego de Dios en mi interior... ¡qué sé yo!... soy capaz de tragarme el mundo... No te rías, sí... parece que uno está borracho de amor, de sed de martirio... parece que no hay mundo bastante para uno.

No siempre experimento en la Comunión y en la oración esta clase de afectos. En ocasiones parece que una especie de brisa suave eleva mi espíritu, y Dios me suele dar á entender cosas para mí mismo de ordinario inexplicables; me descubre la red de relaciones sapientísimas que unen las cosas del mundo y aun del cielo á veces; y aparece claramente ante mi entendimiento la comedia de la vida, con los distintos papeles que Dios ha señalado á las naciones, á las ideas, al tiempo y á los individuos. Entonces comprendo por qué nada se mueve sin su permiso; nada se mueve sin que en algún sentido providencial sea conveniente que se mueva. ¿Cuál es ese sentido, cuál el por qué? Entonces los distingo concreta y determinadamente.

No como alarde de santidad ni profecía, pues no ignoras cuánto disto de ello por mis malos é inveterados hábitos (que procuraré domar, Dios mediante), te pongo al corriente de esto, sino para estimularte, con familiar confianza, para que te convenzas de que Dios aun á personas como yo, y nuevos en la devoción, no escasea sus favores, seguramente para que empiecen á conocerle y amarle, y emprendan radicalmente y con constancia inalterable la reforma de sus costumbres, que bien lo necesito; lo cual con su omnipotente ayuda y con sus luces soberanas, al mismo tiem-

po que con la norma de un director espiritual y la sana lectura cristiana, que tan hermosamente cultivada ha sido en nuestra patria, me propongo firmemente hacer, salga lo que salga y venga lo que venga, á fin de desandar el camino andado en el mal y en el error, y andar seguramente por los caminos de la virtud, que son y serán los más sabios, los mejores, y aun los de más digno y grato entretenimiento con sus cruces y todo, y los que yo te suplico tomes tú también resuelta y definitivamente, á fin de que seamos hijos de los que no afrentan á su Padre; porque, amigo mío, lo repito: con tus cacerías y mis libros, por lo menos, por lo menos, no íbamos á ninguna parte. Y por lo más... no hay que decir qué es lo que merecíamos de la justicia de un Dios, tonta ó vilmente menospreciado durante toda nuestra vida.

De todo corazón tuyo affmo.

MANUEL.

Barcelona y Abril, 10.

Querido Carlos: Ayer por la mañana estuve en la iglesia del Sagrado Corazón, que, como sabes tú, aunque seguramente lo tendrás olvidado, pertenece á los Padres Jesuítas. Y como tampoco ignoras que al nombrar á los Jesuítas parece que salen evocados del infierno mil cuentos de viejas patrañas y de modernas tonterías más ó menos infantiles, te suplico, por favor, me dejes colgar la nebulosa que las miserias de los tiempos han formado, al planeta Saturno, que es su lugar correspondiente. Quiero hablarte del Corazón de Jesús, y una persona simplemente bien nacida y educada comprenderá que tratando de las finezas del amor de Jesús, hasta parecería irreverencia ó inoportunidad traer á colación las historias de los mismos Santos.

Sin embargo, antes de entrar en materia más elevada, bueno será hacer constar tres cosas que enaltecen á la Compañía de Jesús, y que son su mejor elogio, precisamente en nuestros tiempos en que hasta llegan á meditarse las caricias de la carne y las blasfemias y sacrilegios del demonio. Nadie me negará, y hablo por experiencia, primero, que al lado de los Jesuítas se siente uno más casto. ¡La castidad! He ahí el escollo de muchos, y el mío también. ¿Cómo yo, recién salido de un sensualismo refinado y nada escandaloso por cierto (abunda más de lo que parece la especie ¿verdad?) podía dar con el arte de burlar las astucias sutilísimas del enemigo? Pues respirando aquella atmósfera, aquel no sé qué de bendito que tienen sus cosas, en medio del mundo, mis pasiones se han aletargado y mi carne ha tascado con frecuencia el freno. Yo no

digo que en otras partes no pueda hacerse lo mismo; pero ahora hablo por propia experiencia. Esto y el enardecimiento de mi devoción al Corazón de Jesús, son dos de las tres cosas que en mí y en otros he notado, y que puede notar cualquiera que sea mediano observador y conserve el ánimo sereno.

Difícil será conservar esa serenidad de ánimo si no se sabe hacer frente á la especial persecución del demonio, que sufre, con ó sin advertencia, todo el que se aproxime á los Jesuítas. Para algunos es nada tal vez; pero en ocasiones parece que este arlequín del infierno tiene un fuego especial para el reinado del encanto y de la ilusión. Los chismes, las combinaciones jamás imaginadas, los *quid pro quo* más risibles, las suspicacias más felinas ó las inocentadas más bobaliconas, se suceden sin tregua en la fantasía del infeliz que no desprecia ó no está en continua guardia contra los desvaríos imaginativos con que nos acecha el enemigo.—Pues, hombre, á mí no me ha pasado nunca nada, y jamás he notado nada de particular, dirían muchos al leer esto.—Sí, ya lo sé, si es privilegio, cruz ó tormento de algunos ánimos endebles como el mío; pero es lo cierto y no puede negarse, sin necesidad de abultamiento de contornos ni de frases huecas, que el demonio persigue con saña especial á los Jesuítas, singularmente á aquellos que más honran y mejor procuran amar y servir á Jesucristo. Pues bien, esta última buena condición á que hacía referencia, es otro motivo poderoso para inclinarme hacia la Compañía.

Mucho se habla de los vicios y extravíos de este siglo y de la época presente, con harto motivo; mas hágasele casto, solamente casto si tú quieres, y la fe y la caridad verás como bajan llovidas del cielo á los corazones. Las apostasias,

las confusiones horrendas, el materialismo y la anemia de las inteligencias, no son tal vez engendradas directamente por la falta de castidad, pero indirectamente sí. ¿Qué hay algún impío casto? ¿Y qué? Este aprendió de aquél. La impiedad ha nacido mediatamente de la sensualidad. Inmediatamente, es decir, el pretexto, cualquier cosa sirve para que un amigo de gresca se eche á la calle: cualquier cosa sirve para proclamar los bochornos del llamado librepensamiento. Calle yo, y hablen los ejemplos presentes, pasados y futuros.

De modo que prácticamente podríamos establecer el aforismo, panacea de nuestro tiempo, así: la vida y la salvación de los pueblos exige el derrocamiento de la impúdica Venus. Lo demás entonces será cosa de risa para el Catolicismo, en comparación. Pues, ¿cómo no he de saludar con júbilo á los que valientemente hacen retroceder á la bacante moderna á los cristalinos alcázares é inmundas pocilgas que la cobijan, al sólo nombre del Rey de la castidad, Jesús? Aparezca Venus como demonio que es y ha sido siempre, y verás como nos entendemos todos, y como Dios se nos muestra más propicio, y como el Corazón de Cristo y su Iglesia triunfan en todas las almas. En resumen, tanto cuanto pierda Venus ganará Dios. Es probado, como diría Quevedo.

Ahora recuerdo que quería extenderme sobre la devoción al Corazón Sagrado y subir los peñañales de este palacio celestial hasta donde pudieran mi torpeza é insignificancia; bueno, pues, será otro día. ¿Este se te hace nuevo en mí, cierto? Vaya un género de literatura que cultivas, dirás tú. *Quantum mutatus...* Y en poco tiempo, sí, señor. Yo soy así. En el error me metí de cabeza. Pues ahora quiero meterme de ca-

beza y de corazón en la verdad. Como ves, aunque mal, ya voy empezando. Y como no siempre he de sermonearme á mí mismo, me he dicho: bah, le echaremos esta vez otro sermoncito á Carlos. Y así nos vamos practicando tú y yo... Porque yo estoy esperando de Cañafet algo piramidal. Sin duda que en los días que no recibo noticias tuyas ha ocurrido alguna novedad. Místico-bucólico-campestre, como sea, venga ya.

Estoy frotándome las manos, cerrando la puerta de mi gabinetito, y dando más luz al mechero Aüer... Con que...

Tuyo afectísimo,

MANUEL.

Cañafet y Mayo, 8.

Querido Manuel: Está visto que entre tú y las circunstancias me vais á meter de cabeza también en la Religión. Es el caso que aquí hace tiempo que estamos sufriendo una pertinaz sequía, y todos dicen que si no llueve tenemos perdida la cosecha de trigo y de maíz. Esta pobre gente, que sólo se sustenta por lo general, ó cuando menos hace un plato principalísimo en todo tiempo, de las *farinas* ó gachas hechas con la harina de *blat de moro*, va á pasar, si Dios no lo remedia, un año terrible. No han de valerles ni su sobriedad inaudita, ni su economía infinitesimal, pues hay quien hace maravillas y da una maleabilidad y ductilidad sorprendentes á un mísero real. Apenas prueban un mal pedazo de tocino, el cual sirve como de *principio* después de la sempiterna y siempre sabrosa (para ellos) sopa de *farinas*, que va casi siempre acompañada del indispensable *puré* rústico, llamémosle así, de patatas, *tubérculo* que también está *sembrado* en abundancia, y que del mismo modo corre peligro de desaparecer.

—Hombre, Vds. que son tan devotos, ¿por qué no piden á Dios el agua del cielo? Alguna novena quizá...

—Ca, me han respondido con admirable aplomo y confianza: eso es cosa de los Santos Mártires; si ellos no lo hacen, si que...

—¿Qué, son intercesores eficaces para eso?

—Ya lo creo; como que nunca faltan; cada vez que los hemos sacado al campo lluvia segura.

—¿Y V. que el otro día dudaba del infierno,

y que, vamos, no es tan *beneit* como los demás, también cree eso?

—Como que soy hijo de esta población, y lo sé por experiencia. Hace ya más de quince años que no los hemos sacado, pero si se llega á hacer, como dicen, no he de faltar tampoco yo.

—¿Pero se conservan aquí los restos de esos Santos Mártires?

—Son las reliquias de San Víctor y compañeros, que allá en antiguos tiempos fueron quemados vivos ó les mataron no sé cómo... vaya, no lo recuerdo. Lo que le digo á V. es que tengo más confianza en ellos que con ninguno de este pueblo. Aquí cuando se trata de sacar *las reliquias*, hasta el *demonio* sale al campo... já, já, já, já...

—¿El demonio? no os entiendo, amigo.

—Quiero decir que todo bicho viviente las acompaña... Porque yo mismo soy peor y más incrédulo que 'n *Pep Pasarell*, que lleva por mote *el demonio*.

—Véngase V. también: le gustará, se lo aseguro.

—¿Y cuándo es eso?

—De hoy en quince, si no miente el dicho.

—¿Y todo el mundo sale al campo?

—Todos... Aquí no quedan más que los viejos achacosos y los enfermos. Hasta no estaría bien que un hombre joven como V. se quedase en casa.

—Pues no he de faltar tampoco yo, le contesté por fin y siempre en catalán al *Juanot*, que éste es el nombre de mi pintoresco interlocutor; aunque te lo escribo en castellano para seguir el tono general de estas cartas familiares.

No se hablaba ya de otra cosa. En el *escón del foch de cá la Dolores*, hospedería, taberna... y demás hierbas, se reunían como de costumbre



l' Angel, exartista de la exbanda municipal, el cual solía tener la palabra, y que nunca va á Misa, porque, como me confesó un día sinceramente, habiendo observado que no hacían más que *xarrari* en la iglesia, se dijo: *Noy, aquí tu hi estás de mes...* y desde entonces se colgó con todo el desparpajo á cuestras, la fama de impío y aun de ateo que en este pueblo *goza*; aunque convienen todos en que tiene un fondo generoso y aun magnánimo, de lo cual ha dado pruebas, como él mismo refiere, y es verdad, con sus mismos enemigos *políticos*, pues salvó la vida en dos distintas ocasiones en la pasada guerra á dos sacerdotes que iban á ser fusilados; aparte de las prendas especiales de carácter que están completamente reñidas en infinidad de detalles, con la vida nómada que llevan en punto á Religión su corazón y pensamiento. En este país es un ejemplar raro; hay otros *despreocupados*, pero no llegan al total alejamiento de las prácticas de la Iglesia.

Este *Angel*, pues, en el rincón del hogar hace la historia retrospectiva de las salidas de *'ls Sants* (las reliquias de los Mártires), por cierto con envidiable memoria y erudición, pasando de esto á otras historias y cuchufletas que provocan risas y excitan la vena para que *tothom n' hi digui una*: y salen los milagros barajados y revueltos con chocarrerías y bromas del género más burdo é irreverente... pero *tot fa olla* para ellos; á los cinco minutos ya han olvidado las majaderías que acaban de soltar, y sobre todo flota siempre la nube de veneración, y aun de lo que yo en otro tiempo hubiera llamado fanatismo, á las reliquias de *'ls Sants*.

Son los patronos, los dueños de la población. Esta gente se negará tal vez á hacer media hora la vela ante el Santísimo Sacramento una vez

al año, si acaso las patatas ó el *blat de moro* lo exigen; pero negarse á todo lo que venga más cuesta arriba por los Santos Mártires, es poco menos para ellos que una deshonra.

Les envidio, te lo digo con el alma, esa fe y ese entusiasmo.—¡Que su fe no es ilustrada!... —Si yo hubiera tenido una chispa de esa fe durante mi pasada vida, ya lo empiezo á ver y comprender también, querido Manuel, no hubiera caído en los baches que mi *desaprensiva*, ciega y superficial ilustración me han ocultado para que me hundiera y encenagara.

Cree que tus cartas y ejemplo me consuelan y animan, me van abriendo los ojos y me alientan á seguirte. Pero si tú conocieses á fondo mi temperamento laxo é inclinado á la sensualidad grosera, no te extrañaría el ver que ando á paso de buey en el camino de la virtud. Sin embargo, escíbeme, háblame del Corazón de Jesús, de la piedad honda y alta... Procuraré corresponderte refiriéndote lo que sonare de *'ls Sants Mártirs*. Chico, aquí no hay más. De todos modos según el *run run* de que te hablaba, la cosa promete. *A rivederci*.

Como nunca tuyo y afectísimo

CARLOS.

Barcelona, 18 Mayo.

Querido Carlos: No sé si sabré darte una idea de lo que es para mí pasar un día, una hora, un minuto en el Sagrado Corazón. Creo que nuestro entendimiento y nuestro corazón llegan aún aquí á establecer diferencias de sentimiento ó mejor dicho de *sensación* espiritual, entre las mismas cosas del cielo. No hay qué decir que en cuanto al conocimiento que tenemos por la revelación, y que nuestra misma razón aquilata y esclarece, hace muchísimo tiempo que todo el mundo — por poco que se fije—echa de ver, entre Dios y todas las demás criaturas del cielo ó de la tierra, una infinita é inconmensurable distancia, y aun como hermosamente expresa el grande Agustín, entre la sabiduría de Dios y la misma sabiduría de la Casa de Dios. Dejo esto aparte, porque no es ese mi objeto, y nada de particular te diría por lo que á mí toca, y porque sé que no eres muy amigo de la alta especulación filosófico-teológica.

Mas respecto á lo sensible de la devoción, y aun á lo que causa determinaciones y sacrificios de parte de la voluntad, ¿qué quieres que te diga? yo encuentro marcadas diferencias, viniendo sin duda todo del cielo, que no hablo ahora de las ilusiones del demonio, entre lo que dice á mi alma el Corazón de Jesús, con lo que le dice la devoción á los Santos y hasta á la misma Virgen Santísima. Lo más excelso que tenemos es, sin duda, la mirada tiernísima, protectora y maternal de nuestra Madre, el eco en el fondo del alma del gozo celestial; pero cuando el mismo Jesús habla á mi corazón con sus toques misteriosos, delicados y abrasadores como una saeta de fue-

go, todo lo que en mí resistía á las voces divinas, parece que cae derretido á mis pies como plomo fundido en el crisol del amor y de la bondad del mismo Dios. Sin duda que en el cielo hay un mismo amor, una sola voluntad y un gozo del mismo género; pero parece que el Sagrado Corazón se complace en hacer llegar hasta nosotros un eco, una sombra de las calidades diferenciales entre el goce de las criaturas del cielo y la visión misma de Dios. Te diré, además, que ante el Santísimo Sacramento percibo yo, con mucha intensidad muchas veces, una suerte de olor como de penetrantísimo incienso y el efecto de un calor especialísimo y fundente en el fondo del corazón y del alma, que la derrite en amor; olor que distingo perfectamente sin ninguna clase de esfuerzo del que produce el incienso natural que se quema ante el Tabernáculo; y me dura esta impresión á veces mucho rato, y la siento también sin necesidad de estar siquiera en iglesia alguna. Pues todo esto, digan lo que quieran los que pretenden reducir hasta lo del cielo á términos naturales de esta nuestra grosera y pobre naturaleza, contribuye en altísimo grado á aumentar más y más en el alma el amor de Dios, á sentir y aun conocer de El cosas tan subidas y afectos tan profundos, que el alma *desfallece de mal de amores*, y en aquel instante y otros muchos también, señores naturalistas de la mística, se desea dar la vida, derramar la sangre, y ofrecerse como víctima perpetua de contrición y penitencia ante la Majestad Eterna ultrajada por nuestros pecados é ingratitudes. Te lo digo con franqueza: desearía tener una fuente inagotable de amor y lágrimas cuando con gritos doloridos me llama desde lo alto de la Cruz aquel hermosísimo Mancebo que sin delito alguno sufrió en pocos instantes y durante

toda su vida, una eternidad de tormentos y angustias por mis... pecados iba á decir, no, no, buen Dios, que son crímenes; crímenes que están pidiendo castigo y justicia al cielo; crímenes que toda el agua del mar no lavaría, es cierto; crímenes que han de ser lavados y borrados y castigados... ¡oh, qué amor! ¡oh, qué Dios! con el océano de Sangre inocente y purísima que por mí derramó Cristo muriendo.

Despiertan á veces también estos sentimientos y estas *sensaciones* de que te he hablado, la escena tristísima de la Oración en el Huerto. Veo aquella cara del buen Dios abatida, confundida, humillada hasta lo profundo ante el Padre celestial, expresando un dolor angustioso y sin consuelo, seco, despiadado y duro como el infierno; veo el alma de un Dios que busca un punto de apoyo para descansar, para tomar aliento, para poder padecer más siquiera, y no le halla, y desfallece y cae abrumado ante el universal desamparo de cielos y tierra; y digo: ¿por mí, Jesús del alma, lloras sangre y empapas del sudor de mortal agonía la túnica? ¿por mí, y sin culpa alguna, te ves afrontado, avergonzado, anonadado ante la justicia infinita del Eterno Padre? Pues mira, que no caiga ya más una sola lágrima de tus ojos; que no salga ningún suspiro ya de tu afligido Corazón: déjame caer en el infierno, déjame perecer; ó déjame al menos morir mil veces de dolor y de vergüenza á tu lado. Si fueses tú solo, parece que me contesta con su mirar dulcísimo de Cordero moribundo, aun podría sufrirlo; pero lo que me da más pena, es esos que cantan y ríen y se burlan de Mí y de mis palabras, mientras Yo lloro y apuro el cáliz hasta las heces por ellos.

Y así se estimulan y avivan estos afectos é ideas de amor y correspondencia en tal manera

en mi pecho, que muchas veces parece que se me va á abrir, y que ya no es posible resistir más. Sucede á estos afectos en otras ocasiones ó les precede, una serenidad, una paz dichosísima, un gozo tan celestial y refrigerante, que creo estar en la atmósfera que respiran aquellos bienaventurados patriarcas que llenaron el mundo con su mansedumbre y santidad.

¡Oh, pero cuántas torturas, cuántas sequedades y desamparos, cuántas tribulaciones no padecen también los que aman de veras al Sagrado Corazón de Jesús!

De mí, aunque le amo tan vilísimamente, puedo decirte que me tengo que coger con todas mis fuerzas á la misteriosa luz de la pura fe, para no zozobrar en la obscura noche que á veces llena de tinieblas y confusión mi entendimiento. El socorro de lo alto nunca falta, pero si me descuido, me despeño en el abismo con facilidad asombrosa. En estos casos el Corazón de Jesús también rompe con su quilla luminosa las olas del mar de mis extravíos y perplejidades.

El todo lo allana y suaviza, todo lo armoniza, todo lo enaltece y dignifica; una sola palabra dice: *Esperad; todo lo demás corre de mi cuenta.* Y es cierto que el arte de amar á Jesús consiste sólo en esperarle siempre. *Espera, espera, espera...*

¡Ah, si supiésemos esperar, cuánto no amaríamos! Porque El lo hace todo: nuestras más grandes y meritorias acciones no vienen á ser más que un *sí* interior, del corazón.

Hasta otra. Tu amigo,

MANUEL.

Cañafet, 24 Mayo.

Querido Manuel: La mañana era espléndida, hermosísima... Daba gusto ver aquella larga procesión de vecinos de Cañafet rezando por secciones ó cantando letanías, todos con el rosario en la mano, siguiendo como una enorme culebra las tortuosidades del camino que faldea los montecillos de robledales y pinares que separan el santuario de Margós de Cañafet. Dista este santuario de la población poco más de una hora, y consiste en una pequeña iglesia sufragánea, como creo que se llama, de la parroquia del pueblo; en la cual hay tres ó cuatro viejos altares, y sirve como punto de cita para los *aplechs* que á veces se celebran entre varios pueblecillos vecinos.

A un lado de la colina ó montecillo sobre que se eleva, hay una planicie como de dos ó trescientos metros, sin árboles, y aquí, por no coger en la iglesia tanta gente, era donde se había preparado el altar para la Misa. En el otro lado y como á la mitad del campo, debajo de una grande encina que estaba asentada en lo alto de un ribazo inmediato, se había colocado un sencillo púlpito de madera, el cual se trasladó luego al centro del expresado lugar, á fin de que las gentes todas esparramadas y escalonadas en la pendiente, pudiesen oír y ver al predicador.

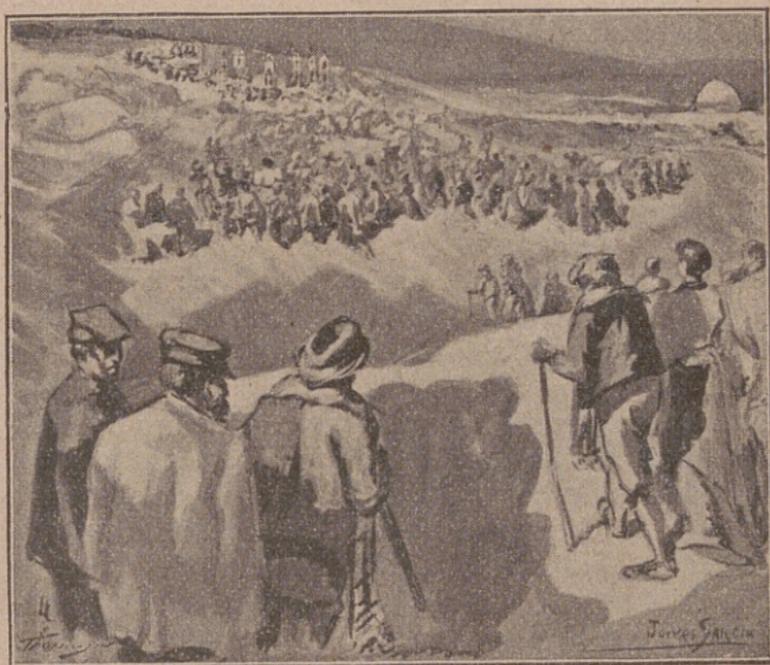
Iba en lo último de la procesión, como puede suponerse, el clero de la parroquia con cruz alzada, entonando sucesivamente también letanías ó partes del Rosario.

Llegamos por fin todos á Margós. Allí habían acudido ya los dignísimos Ayuntamientos de

Cassá, de Frenera, de Rubiolas, y multitud de vecinos y habitantes de estos y otros pueblos y de los *masos* de sus términos, porque la angustia de la sequía era general, y la fe y confianza en la eficacia de la protección de los Santos Mártires de Cañafet, general también y poco menos que absoluta. De manera que al llegar nosotros reinaba allí la mayor animación y alegría, que creció de punto al ver el nutridísimo contingente que suministraba Cañafet; porque en esta población, como había anunciado el *Juanot*, no quedaban más que algún enfermo grave ó algún viejo paralítico y una especie de ronda armada que se había dejado en previsión de los amigos de lo ajeno que quisieran aprovechar tan excepcionales circunstancias en su provecho.

Todo el mundo se traía la comida, y esto no hay qué decir que para muchos era el alma de la fiesta. A mí la *Dolores* me había arreglado también lo necesario para el yantar, junto con alguno de sus parroquianos, y por esta parte estaba, pues, muy tranquilo. La orquesta que dirige el *Ros*, y que sólo toca en las fiestas de la iglesia de Cañafet, había acudido también, y estaba preparándose cerca del improvisado altar, en el cual se iba á cantar un solemne Oficio impetrando la ansiada protección del cielo.

A mí me cogió el *Ros*, endosándome un papel de bajo (¡voz de bajo yo, cielos!) para que cantara también la Misa. Me resigné: aquí de la divina Providencia y de la benevolencia popular. Empezó la augusta ceremonia, como dicen los revisteros. Era un espectáculo incomparable. Todo mi ser se conmovió, á pesar de mi flema natural: me pareció que asistía á una de aquellas escenas bíblicas del pueblo israelítico, cuando este pueblo trataba sus asuntos y enderezaba las súplicas á Dios directamente ó por medio de



los Profetas desde los campamentos; cuando la voz del Eterno infundía desde las nubes un saludable espanto en aquellos rudos corazones.

De profeta tenía los dejos y la energía del acento el fraile del Remedio que de Vich había venido á hacer el sermón. Sermón sencillo, rústico, lleno de piedad y no desprovisto de oportuna aplicación á las circunstancias morales y materiales por que atravesaba la afligida comarca. Gustó mucho al auditorio, y supo hacer entrar á sus oyentes más en el examen de sus propias y cotidianas acciones, y del modo cómo cumplían sus deberes para con Dios y con sus semejantes, que en la consideración de los perjuicios materiales que venía el país sufriendo; aunque sin olvidar tampoco, sino recalcando mucho, el objeto que allí traía á todos, y así dijo: «Vuestros patronos los Santos Mártires están ahora rogando al tres veces Santo para que os conceda el inmediato beneficio de la lluvia (todo en catalán, claro), y estad seguros que como no han faltado otras veces tampoco ésta os faltarán.»

Después de besar las santas reliquias, terminado ya el Oficio, se dividió el *imponente auditorio* en un sin fin de grupos por la pintoresca campiña en expectación ó en busca de la respectiva comida. Me recordaba en cierto modo el efecto de *la pradera* en la fiesta de San Isidro de Madrid; ¡pero cuán distinta no era la piedad! Aunque no niegue la mucha devoción que al Santo tienen en Madrid, sobre todo la gente del pueblo y de la campiña, va siempre tan mezclada con un movedizo y quisquilloso espíritu de jaleo y cañitas, que no se nota por lo común entre esta gente sobria, piadosa y sencilla en grado sumo. Hubo por la tarde sus alegrías, sus cantarcillos, sus atracones; pero la nota dominante

en nada desdijo de la buena armonía y del carácter de la fiesta.

Yo tenía preparada la mesa sobre la verde hierba, y allí estaban ya el *Juanot* y algún otro parroquiano de la *Dolores*. ¡Qué bien comí aquel día! Lo agreste y rústico del sitio, lo hermoso del día y la bendición del cielo que seguramente nos caía, llenaron mi alma de un júbilo verdadero cual pocas veces, á pesar de mis risas y humoradas, había sentido en mi vida.

Al concluir se llegó á nosotros *l' Angel*, admirado, como todos, del sermón del fraile.

—Es extraño que á V. le gusten estas cosas, vine á decirle... ¿También V. por aquí?

—Y qué... es claro que hemos de creer en un Dios que nos ha criado y que hace la verdadera justicia... Me ha gustado, me ha gustado.

Como sé sus aficiones algo absurdas, le dije:

—A V. le hubiera gustado más oír á Castelar.

—Si Castelar subiese al púlpito, ya lo vería usted, mejor que nadie lo haría.

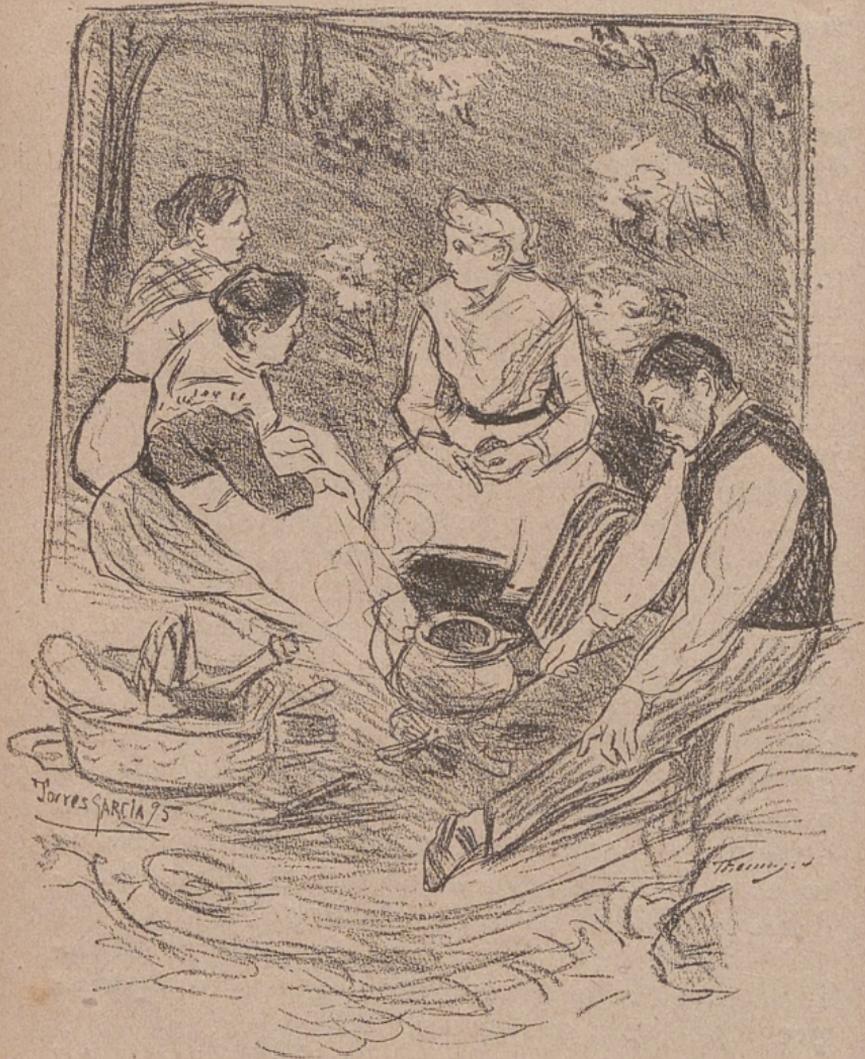
La sordera, la afición á contar historias, y una pasión *sui generis*, no al Castelar de hoy, sino á aquel Castelar de los tiempos de las revueltas y de las calles y clubs, pues Castelar para el *Angel* no ha variado, ni puede variar, ni variará aunque se hunda el mundo, es lo que le queda de aquella pasmosa actividad lacedemónica que en otros tiempos tenía como artista, como ciudadano y como hombre. ¡Pobre *Angel*!

Variamos de conversación, y procuramos confundirnos con el grueso de la gente que ya se preparaba para el regreso.

—Adiós, *Angel*, y á ver si se hace de una vez de los nuestros.

—Bien, bien, adiós, contestó entre cortés y desentendido.

Caía la tarde, y todas las romerías de los di-



Jorres GARCIA '75

[Small signature]

versos pueblos desfilaron hacia sus casas respectivas. La gente de Cañafet, aunque no ya con el mismo orden, regresó en grupos diversos al pueblo, reuniéndose la parte más numerosa á la entrada para cerrar con algún concierto, semejante al de la mañana, tan notable fiesta. Fuíme como es consiguiente á mi casa, pensando por el camino cómo te contaría todo esto.

Dispensad las muchas faltas. Con el alma tuyo,

CARLOS.

Barcelona, 30 de Mayo.

Querido Carlos: Me has contado tú una fiesta religiosa campesina que he procurado saborear con la imaginación, y te lo agradezco; voy á corresponderte; voy á decirte á mi vez algo de la fiesta que ha celebrado este año en la iglesia del Sagrado Corazón el Apostolado de la Oración, el cual desearía se propagase también por ese país.

Ha de ser para los pechos cristianos un consuelo el ver las Comuniones generales en algunas de nuestras iglesias. La de este día fué magnífica, numerosísima; yo no sé, en estos tiempos de impiedad ó escepticismo, de dónde sale tanta gente devota. No sucedía esto aquí mismo aun no hace veinte años. Por lo menos muchísimos que antes se hubieran avergonzado de ser tenidos por católicos y sobre todo por devotos de Comunión frecuente, hoy lo tienen á gala y aun hacen de ello cierta ostentación. No hay duda que la atmósfera se va saturando de nuevo de Catolicismo y Religión: no puedes figurarte cuánto me alegro, cuánto quisiera que viniese á reinar, á ocupar el sitio de honor en España y en todo el mundo el Divino Jesús. Aunque lentamente, se va acercando el día por lo que vemos, por lo que prometen fiestas como la del otro día. Porque yo me digo: no puede ser que seis, ocho, novecientas ó mil personas que llevan en su pecho el Cuerpo y Sangre de Cristo, difundidas por Barcelona, no lo enciendan todo en amor divino, no lleven á todas partes una chispa siquiera de aquella caridad bajada del cielo, que hoy tanto necesitan las almas de los que gimen bajo la esclavitud del error y del pecado. Con una chispa sola, con un asomo de intención en el fondo del espíritu,

¡cuánto no fructificará en su día la divina semilla que hoy lentamente se va esparciendo! Otra generación, como pasó á los justos que había en Judea cuando vino Jesús, recogerá seguramente toda la espléndida cosecha de lo que hoy se siembra. Sin embargo, continuemos diciéndolo sin cesar: *Adveniat regnum tuum*. Quizá Dios adelantará el día de sus grandes misericordias, si pedimos á la Virgen Purísima uno solo de aquellos suspiros ardientes que hicieron *llover á las nubes al Justo* quizás antes del tiempo prefijado.

El Padre que hizo la plática de la Comunión general estuvo muy feliz en su fervorosa excitación á los fieles que iban á recibir el Pan Eucarístico; pero quien me sorprendió grandemente fué el Padre G. en su excelente sermón de la tarde. Yo no le conocía en el púlpito. Nunca hubiera dicho que había de cautivarme, de admirarme de tal manera. Se me vino á la memoria aquella austeridad ejemplar de San Ignacio, aquel espíritu elevadísimo que desde la cumbre de la inteligencia y desde lo más profundo del corazón hacía caer la maza de la verdad sobre la carne, el demonio y el mundo, desprendido del todo de los arrimos halagadores y de las sonrisas cortesananas. Era para mí el Padre G. en aquel momento el modelo acabado del jesuíta.

Figúrate tú un discurso en cuya parte primera resplandecían la verdad y grandeza teológica con todo su prestigio, esplendor y majestad. ¡Qué período aquel en que describía con frase magistral, con soberana elevación y energía, la Unidad del Padre con el Hijo! Pocas veces se habrán hecho sentir tan elocuentemente cosas tan sublimes. Un estilo claro, sencillo y de gran sobriedad; un ademán grave, digno y austero; apenas se movía, apenas variaba el tono de la

voz; pero ¡qué grandeza, qué inspiración, qué forma más amplia y segura en todo! ¡Y la segunda parte, y los últimos párrafos, y aquella invocación familiar y épica al mismo tiempo, ardiente y entusiasta, sin afectación ni dengues, al Sagrado Corazón, con que dió término al sermón! Quisiera que hubieses tú estado aquí. Estoy seguro que á pesar de tu temperamento laxo, como dices, hubiera crecido tu fervor hasta un grado muy alto. Como me dijo al ir á tomar vela en la sacristía uno de esos *lince*s que nunca faltan: *¡Lo qué sabe esta gente! digan lo que quieren, son el alma de la sociedad.*

Y yo dije para mí: *O tempora...* ¡Oh Cruz, Cruz!... Si le hubiera oído el Padre G.... ¡qué buena ducha para un hombre de talento, inflamado en amor divino!

También quisiera que te formases una idea de lo que son estas reservas solemnísimas en estos días señalados. Imagínate los pasillos central y laterales de la iglesia y el presbiterio llenos de caballeros con velas, blandones ó ciriales. De ordinario dan ocho ó diez individuos del Apostolado la guardia al inefable Sacramento. Pero al final, como te digo, se aumenta prodigiosamente el número, y hay días en que materialmente no se puede dar un paso. Cuando se eleva el unísono del majestuoso y arrebatador *Tantum ergo*, que cantan todos, puede decirse, resuena en el fondo del corazón un eco de voces celestiales llenas de dulzura y consuelo que repiten: aun hay fe en la tierra. Y poca devoción hay que tener entonces, cuando el sacerdote bendice con el Santísimo á los fieles, para no sentir el peso suavísimo de la abrasadora mirada de Dios... que divide *como una espada de dos filos la carne del espíritu*.—Otra cosa ahora.

En mis días de vida muelle y sin práctica de

devoción, nunca hubiera dicho que hubiese una Asociación de jóvenes en el centro de Barcelona que honrasen tan dignamente la pureza inmaculada de la Reina del cielo y de San Luís Gonzaga. El otro día estuve allí por vez primera. Ocupa esta Asociación una capilla bastante grande —es decir, para el número de socios no creo que sea bastante— que hay en uno de los pisos de la residencia de estos Padres.

Después de alguna oración del Padre Director, empieza uno de los congregantes la lectura espiritual, que consistió en unas edificantes páginas de Grignon de Monforte, acerca de las excelencias de María; después que otro ha leído el santoral de la semana á seguida entona *Maitines*, acompañándose con el armonium, otro grupo de congregantes que se colocan en un pequeño coro formado por una galería que se eleva en el fondo, y toda la Congregación contesta á unísono los versículos correspondientes. Algunos minutos después, y mientras cantan, sale un sacerdote á decir la Misa en el altarcito que hay en el testero principal, siguiendo sin interrupción los cánticos y los himnos hasta el final de la Misa. Luego el Padre Director sube á una mesa que se dispone sobre una tarima en uno de los lados, y hace una plática adecuada á las necesidades de la Congregación y de los congregantes.

Este oasis en medio del mundo es desconocido de muchos jóvenes necesitados de las fuentes de la salud, y preterido tal vez por algún inexperto ó ignorante. Es lástima, porque si algunos han de estar interesados en la conservación de la pureza del alma y cuerpo y tienen que cobijarse bajo la sombra de María Purísima y del castísimo Luís Gonzaga, son precisamente los jóvenes, que se ven más obligados á reñir silen-

ciosa y continua batalla con la sensualidad y el mundo.

Y aquí pondré punto final. Tu entrañable amigo,

MANUEL.

Nota con que concluye este librito.

El Cide Hamete Benenegalí de guardarropía, que revolviendo los archivos del sentido común halló esta correspondencia epistolar y la ha dado á la estampa, dice que hurgará más y mejor por ver si da con su continuación lógica, pues cree que la opinión pública—¡viva mil años!—no quedará satisfecha hasta ver á Manuel convertido en monje, religioso ó anacoreta, y á Carlos en cabeza de una prole numerosa de patriarcas, que de generación en generación vayan á parar al último hombre campechano de la tierra.

Dice también el Sr. Cide, que con hacerse el público esa suposición bastaría, pero que su honor y su reputación de roelibros están interesados en ir más adelante.

—¿Habrà necesidad de ir á la China para seguirle á V.? le hemos preguntado sonriendo.

—Hum... ¡Quién sabe, quién sabe! ha replicado en tono misterioso; mientras tanto, publicad esto.

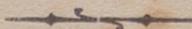
Ya lo ves, carísimo lector; aquí lo tienes: mira, pues, si puede servirte lo publicado de algún provecho.

Barcelona, 1896.

A. M. D. G.

FA-599 (42)

EL DEBER DE LA LIMOSNA



RESPUESTAS Á LAS MÁS COMUNES EXCUSAS

QUE PARA NO DARLA Á LOS POBRES

SUELEN ALEGAR ALGUNOS RICOS

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.

DIRECTOR DE LA

REVISTA POPULAR



CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA



BARCELONA.—1896

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5

R. 25334

MCD 2022-L5